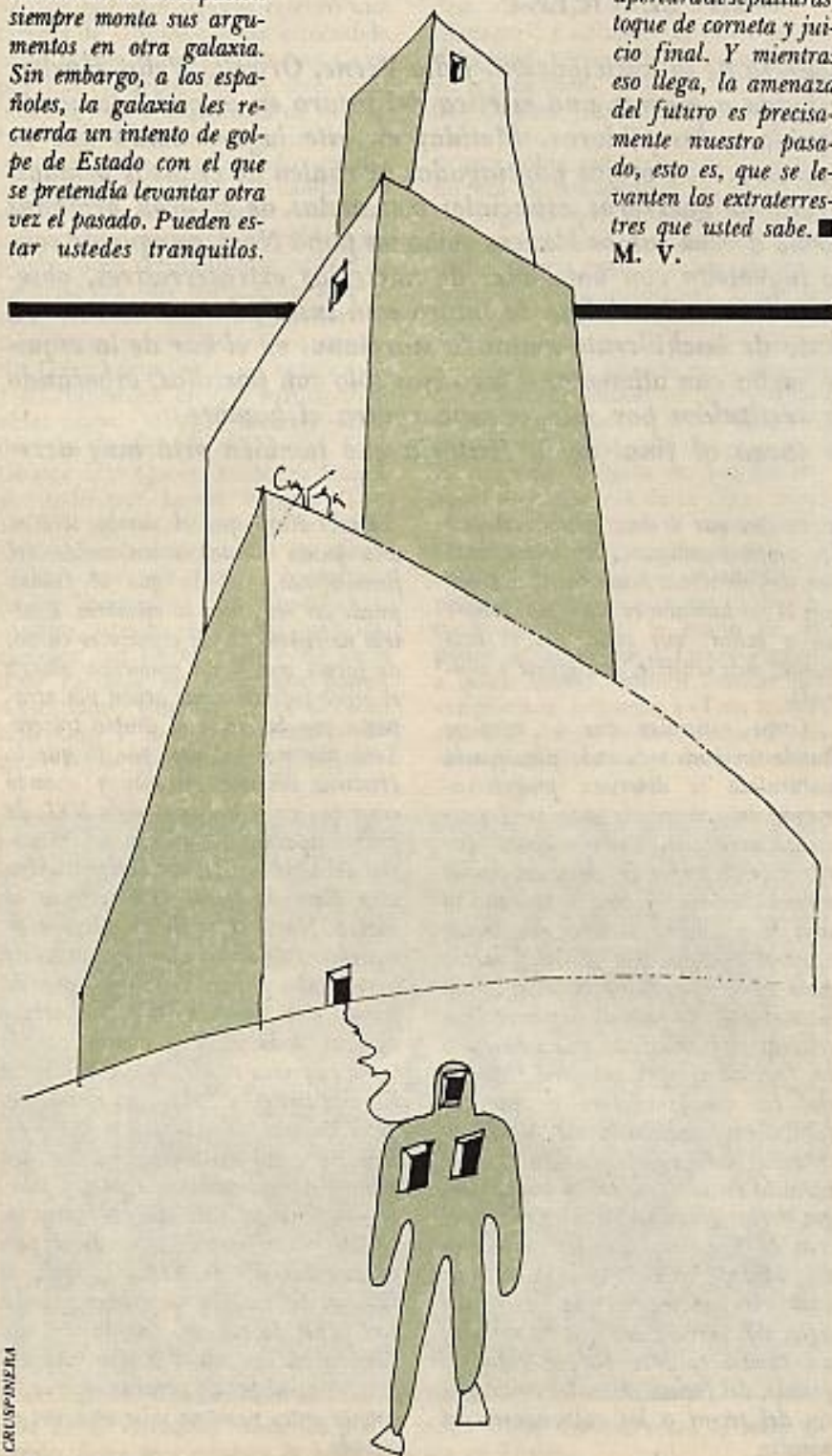


EL FUTURO

Sobre este punto no se puede escribir ciencia ficción, sino naturalismo a lo Zola. Algunos novelistas ensayan tímidamente como cultura de oídas algunas narraciones donde interviene un conglomerado de telepatías y máquinas síferales. Como rebote de una moda californiana también hay aquí profesores esotéricos del más allá, que nos instruyen acerca del valor magnético de la pirámide. La estética de la anticipación siempre monta sus argumentos en otra galaxia. Sin embargo, a los españoles, la galaxia les recuerda un intento de golpe de Estado con el que se pretendía levantar otra vez el pasado. Pueden estar ustedes tranquilos.

A nosotros no nos van a invadir los marcianos, ni nos ahogará el tedio vital que se deriva de la abundancia, ni las máquinas, ni los rascacielos, ni los cerebros electrónicos, las incubadoras, las retortas de laboratorio acabarán con nuestra libertad. Lo nuestro sigue siendo el fin del mundo, cuando Dios quiera, al estilo clásico, según anunciaron los especialistas, es decir, fuego, terremotos, aperturas de sepulturas, toque de corneta y juicio final. Y mientras eso llega, la amenaza del futuro es precisamente nuestro pasado, esto es, que se levanten los extraterrestres que usted sabe. ■
M. V.



CRUSPANELA

LA obra del filósofo Michel Serres (I), profesor en La Sorbona, desespera a veces al lector. Su lógica no se asemeja a ninguna otra.

Consiste su proyecto filosófico en elaborar un discurso nuevo que traiciona las consignas metódicas de Descartes.

«La imagen que Descartes ha dado del método —escribe Serres— es la línea recta, pero el método rectilíneo es siempre repetitivo». Y este filósofo tiene un santo horror de la repetición. Por ello se ha zambullido durante años en el estudio de las ciencias exactas, por una parte, y de todas las mitologías, por otra. Su proyecto —que seduce cada vez más a la intelligentsia francesa— consiste en pensar de igual modo la ciencia y el mito, con el fin de establecer un racionalismo nuevo, desprovisto de certidumbres, que nos permita defendernos tanto contra los mitos científicos como contra las mitologías políticas.

—¿Existe una filosofía del futuro?

—Tal vez no de forma institucional, pero pocos filósofos hubo que no se hayan preocupado por saber lo que va a ocurrir. Platón escribió textos sobre el futuro, Bergson también y muchos otros, cada cual a su modo, porque el futuro en filosofía no está enmarcado en una categoría como la historia, el conocimiento, el objetivo, etc. Por ejemplo no todas las filosofías del futuro son filosofías de la transformación. El futuro depende de la filosofía del tiempo que cada uno tiene: hay filosofías del tiempo basadas en el eterno retorno, o circular, en cuyo caso el único futuro que existe es el del pasado. En lo referente a la naturaleza, todos los filósofos, entre ellos Auguste Comte a principios del siglo XIX al cerrarse el sistema newtoniano, vieron claramente que cuando hablaban de previsiones se referían en realidad al pasado, puesto que todo lo que en astronomía se podía considerar del orden del futuro pertenecía exclusivamente al terreno de lo ya existente. Por ejemplo, cuando se anunciaba un

(I) *Hermes* I, II, III, IV. Editions de Minuit, Paris.

Le Parasite. Ed. Grasset. 1980. Paris.

eclipse o el paso de tal o cual cometa para meses después, no significaba que eran previsiones del futuro, sino un estado de cosas que sucedieron indefinidamente en tiempos pasados y que se seguirán repitiendo. Por consiguiente, para elaborar una filosofía de transformación, hay que tener de antemano una idea del tiempo irreversible, y la historia de la filosofía ha tardado mucho en concebir esa idea. Antes de la época cristiana resultaba difícil imaginar un tiempo que se desarrollara de forma irreversible y monódroma (1).

-Ha hablado usted del eterno retorno, y aprovechamos para situar la importancia del mito en la época actual, y en el futuro.

-El eterno retorno no siempre ha sido un mito, y tal como lo acabo de definir, de forma cosmológica o cosmogónica, entra dentro de la ciencia pura, y no del mito. La previsión de los eclipses no es el mañana: es realmente un retorno, y el retorno de los cometas es realmente un retorno. Cuando en el siglo XIX se remozó la idea del eterno retorno -y no fue

Michel Serres



LA FILOSOFÍA DEL FUTURO CON TIEMPO NUEVO

RAMON CHAO ● IGNACIO RAMONET

Nietzsche su inventor, fue Kant-, es, precisamente, de orden cosmogónico y cosmológico, pues hay estabildades universales que hacen que el futuro sea el pasado. Hay que esperar la llegada de la astrofísica para concebir, en este aspecto, un tiempo irreversible, imprevisible o difícilmente previsible.

Decía antes que en la época cristiana era muy difícil pensar en un tiempo monódromo con un futuro imprevisible, y es porque se hablaba del tiempo de la salvación, y que después de la parusía (1) habría un periodo en cierta forma previsible en el que el alma trataría de lograr su salvación, etc.; de forma que en aquella época la filosofía del futuro estaba absorbida en equilibrios en forma de tiempos cíclicos o en apocalipsis teológicos. Así que la idea de un tiempo progresivo y en transformación es bastante reciente; tal vez date del

siglo XVII. Evidentemente, la teoría de la transformación la encontramos ya en Aristóteles, pero no hay una filosofía de la historia. La propia evolución del término *previsión* nos lo confirma: lo inventó, en el idioma francés, Maupertuis, y cuando lo utilizó por primera vez Voltaire lo atacó violentamente en «La diatriba del doctor Akakia», diciendo que *previsión* es un término teológico, y que no se tiene derecho de utilizarlo en el sentido de la adivinación, porque la *previsión* es un atributo de Dios. Eso dijo Voltaire, y su ataque fue tan virulento, que Maupertuis murió a consecuencia de él. De modo que cuando se habla de «previsión» meteorológica generalmente se ignora que este término lo inventó un matemático, Maupertuis, que lo raptó del vocabulario de la teología para devolverlo a la tierra. Hasta entonces, en francés sólo existía la palabra *prevoyance*, que es de orden moral y práctico.

-Volviendo a una eventual filosofía del futuro, ¿puede ser la que esboza Ilya Prigogin en su libro «La nueva alianza»; es decir, que el hombre no está sometido a un orden mecánico, y que el cosmos es capaz de creatividad y de orientar su destino de forma imprevisible?

-Sí, porque este libro se refiere a la filosofía del tiempo, y esto tiene relación con el futuro. Veamos: yo creo que las filosofías de la historia que conocemos y hemos seguido copian, imitan o calcan a las ciencias de la naturaleza. Es decir, a las ciencias que habían ganado, y sobre todo a las más seguras, que era la mecánica racional newtoniana. De forma que cuando se hacía una previsión como la que cité antes (eclipses, paso de cometas, etc.), se pensaba que si se pudiera controlar la historia de la misma forma que se controlaba a la naturaleza con la mecánica, se podrían obtener previsiones seguras para el futuro, lo que inducía a pensar en la existencia de un tiempo histórico humano según el modelo del tiempo cosmológico temporal de que hablamos. Yo sospecho que todas las grandes filosofías de la historia hayan pensado esto. En cambio, lo que sucede realmente, que se empezó a entrever en el siglo XIX con Carnot y ahora de forma muy evidente, es que, incluso en mecánica, incluso en las ciencias más seguras, es que el tiempo no es tan controlable como se creía. En particular, el teorema de Poincaré, que modificó mi vida, demuestra que en la circulación de un orbe planetario, que Laplace había asegurado que era absolutamente estable, en ese orbe se podía en todo momento, y sin ninguna previsión, ver a un planeta salirse por la tangente. Es decir, que hay una verdadera fluctuación que hace que en cierto momento las leyes no sean tan constantes como se cree.

Entonces, si en este tiempo observamos ya fluctuaciones, o que se infiltran improbabilidades, lo que nos impide tener verdades absolutas, tampoco la previsión parece posible, a *fortiori* en un tiempo tan complicado como es el de la historia. Lo que sucede ahora es algo muy claro; es decir, que el orden no es tan estricto como se pensaba, que la temporalidad no es tan lisa ni tan controlable como se creía partiendo de los modelos newtonianos ordinarios. Entonces sí que podemos decir que hay una nueva filosofía del futuro. Y en esto volvemos a lo que decía Bergson: que hay siempre una perpetua creación de novedad imprevisible. Hasta hace poco mis maestros, mis colegas y yo pensábamos, piensan todavía que lo real es racional, y empezamos a dudar ahora de ello.

-Sin embargo, parece que asistimos a una nueva floración de los mitos, como si

(1) De un solo camino.

EL FUTURO

el pensamiento político, racional, no resultase suficiente al hombre moderno.

—La historia de los mitos es estable. Yo creo que el número de mitos a través de la historia no ha aumentado; existe la misma proporción, y no hay un renacimiento de la mitología, ni del irracionalismo. Lo único es que ahora se reconoce mejor porque el mito aparece tal como es. Pero en la época en que las filosofías políticas pretendían ser racionales, eran absolutamente irracionales, eran incluso mitos, lo cual resultaba todavía más peligroso. Yo he sido educado por una generación de racionalistas que eran mitómanos puros, que presentaban a la ciencia como lo que no era, y lo hacían con una terminología religiosa. Lo demostré en un análisis de un libro de Bachelard en el que explico cómo se forma la razón, cómo se prepara, y analizando el lenguaje de ese libro se ve que es totalmente religioso. De modo que el mito se hallaba entonces en el lugar preciso en que se presentaba el racionalismo. Ahora se sabe lo que es el irracionalismo y se puede aislar; antes era más peligrosos. Y a mí me excluyeron de la universidad por decir que Bachelard y otros filósofos hablaban como magos. Por eso yo prefiero los cuentos de viejas, los cuentos de nunca acabar, porque se sabe de lo que se trata, mientras que si el mito se disfrazaba de demostración deductiva, entonces se necesita mucho tiempo para definirlos como mito. Así que mucho cuidado con estas nociones de racionalismo y de irracionalismo, pues no se deben separar: cuando se hace, ya se está fabricando un mito.

Y ahora, centrando esto cara al futuro, no hay que engañarse: la mitología es la base más profunda de nuestra historia, lo que menos evoluciona. Nuestra sociedad es tan mítica como lo era cinco siglos antes de Jesucristo, tal vez más o tal vez menos, y ninguna sociedad se puede desprender de eso. La nuestra no es racional ni lo será nunca, y no hay ninguna sociedad que lo sea. Existe lo racional, que nos permite vivir, y ya no podremos vivir sin lo racional, no retrocederá, pero no todo es racional. No creo que en el futuro disminuya la importancia de lo mítico. Creo que aumentará la cantidad de lo racional, lo deseo ardientemente, y haré todo lo posible para que así sea. Pero no adoptaré la actitud de mis predecesores, que era una actitud religiosa, en el peor sentido de la palabra porque era, sencillamente, un engaño.

—¿Cuáles serían las consecuencias políticas de no ver que se está en el mito cuando se cree que se está en lo racional?

Por ejemplo, en el siglo XX hemos asistido a esa especie de voluntad de crear sociedades a imagen de los racionalismos en los que se creía, y que se convirtieron, a su vez, en sociedades religiosas, irracionales, utopistas.

—Creo que cuanto más se critica el mito, cuanto más se quiere actuar dentro de lo racional, el resultado es, al final tanto más delirante de irracionalismo. Es muy curioso.

—Y además, se suprime la posibilidad de examinar esa nueva racionalidad como mítica; se suprime por decreto. ¿No tendríamos necesidad de una nueva racionalidad?

—Eso es lo que yo busco. Mi vida está dedicada a eso. Es decir, a una reestimación global y más compleja de la razón. Lo que yo llamo el «paso del noroeste» es precisamente eso: cómo pasar de las ciencias exactas a las ciencias humanas. Los racionalistas de antaño separaban la ciencia del oscurantismo, cada uno por su lado. Yo quisiera construir un hiperracionalismo que me permitiera comprender en qué forma está ligada la ciencia a ese tipo de oscuridad. La verdadera búsqueda no consiste en repartir el mundo en claros y oscuros. El poder se apoya siempre en el oscurantismo, en la retención de la información. Por consiguiente, necesito saber lo que es oscuro; si desatendiese ese aspecto, lo favorecería, y al descubrirlo digo que lo oscuro es definitivamente oscuro, y hay que eliminarlo. A la par, debemos saber que lo que se elimina retorna siempre, y que no hay ciencia por un lado e ideología por otro. También retorna siempre la ideología y es preciso comprender ese retorno. También es falso pretender que la ciencia no tiene conexión con lo oscuro. Para demostrar todo esto el filósofo debe encerrarse en una torre de marfil, y aunque la gente crea que esa torre está adornada con mármol y terciopelo, la verdad es que resulta fría y se pasa hambre. Es la soledad total. Hay que inventar en la madrugada fría, con riesgos, esfuerzo y silencio, en lo que se incluye también la incompreensión, la carencia de maestros y discípulos. El auténtico filósofo debe rechazar a los discípulos, decirles: fórmate tú mismo, no imites lo que yo hago. Es una difícil navegación solitaria, pero únicamente a ese precio recobrará vida lo cultural, recobrará libertad e importancia. Creo en la filosofía y estoy convencido que en ella se encuentra nuestro único futuro: la filosofía es la anticipación del saber y de las prácticas del futuro.

—Este es también el problema de todos los artistas, de los creadores.

—Tengo mucho respeto por los ar-

tistas. He tardado mucho tiempo en comprender lo que hacen, y ahora creo que tal vez anticipan más y mejor que nosotros. No hay duda que ciertos creadores ayudan a comprender mejor que nadie el mundo del futuro. Recuerdo la conmoción que tuve cuando mi amigo Xenakis creó hacia el año 1960 su obra *Pythoprakta*. Me di cuenta que era lo que yo estaba buscando desde hacia cuatro o cinco años. En esa obra se encuentra la filosofía del tiempo, con el desorden, la dificultad de ensamblar elementos de tipo diferente, etc. Y entonces vi que el modelo musical había sido más fecundo que mis trabajos filosóficos, e incluso que ciertas experiencias científicas.

—Sí, pero seguramente esas estructuras musicales van a mantener, en el futuro, un edificio sociopolítico que será conservador.

—Es posible. Se puede decir eso porque ha funcionado así en el siglo pasado, con Verdi, etcétera.

—Y siempre ha sido así, con la música tonal, con la música serial, que sirvieron para eso.

—Nos encontramos ante el razonamiento de que hablaba yo antes. Han razonado ustedes admirablemente, en el sistema newtoniano; en la época de la música tonal, del dodecafonismo ha sucedido así, y han extrapolado en el tiempo. Eso es la previsión astronómica, es tiempo newtoniano, no es tiempo social. Y yo les digo que tal vez tengan ustedes razón, pero razonen ustedes como el astrónomo.

Todos los historiadores hasta ahora han razonado así, y les ha salido bien una vez de cada cien. El tiempo de la historia no es ese. No porque la situación histórica y social ocurriese de tal forma en el pasado va a ser igual mañana. Si fuera así, viviríamos en un infierno horrible. Sería una repetición interminable. Mejor dicho, vivimos en un infierno horrible porque es una repetición continua, pero podemos imaginar que hay una esperanza, y que el tiempo del futuro sea diferente.

—¿Cómo podría un filósofo ayudar a las políticas hoy para que no cometieran ciertos errores? ¿se puede pensar que la filosofía puede insertarse en una nueva concepción de la política?

—Esta articulación deberá hacerse en el interior de la filosofía, lo cual requiere mucho tiempo. Se necesitan cincuenta años de torre de marfil para elaborar una brizna de idea, y una nueva idea no se aplica inmediatamente. Hegel decía que el tiempo de la historia es paciente.

—Y usted, por ejemplo ¿podría incorporarse en una labor como esa?



PILAR COOMORE

-No, por lo que acabo de decir, y porque creo que si realmente queremos pensar en el futuro tenemos que evitar repetir lo que dicen los partidos. La mayoría de mis compañeros, de mis profesores y de mis predecesores han pensado automáticamente lo que les hicieron pensar, fueron unos esclavos que no pensaron la política, sino la política que les hicieron pensar. ¿Cómo podían inventar algo si representaban y sembraban la palabra de otros? Eso no es ser filósofo.

Otra cosa es obligar a pensar lo político.

La alianza del filósofo y de lo político se mide siempre por las relaciones de violencia. El filósofo servía para hacer contrapeso lógico cuando lo político solamente tenía en sus manos una parte de la violencia. Esta estrecha alianza existía desde la fundación de Roma. Hoy, lo político posee la violencia a absoluta, es decir, la energía atómica. Entonces, ya nada tenemos que ver en este asunto, hay una ruptura entre la filosofía y el Estado, por primera vez desde Pla-

tón. Nos retiramos, pues, y les decimos a los políticos: «desde ahora tienen ustedes en sus manos el futuro previsto de violencia universal.» A los filósofos sólo nos resta la función de contabilizar la esperanza de la humanidad. Ellos poseen la destrucción, nosotros el resto.

-Y frente a lo político, ¿cuál debe ser la función crítica del filósofo?

-Ahora que el filósofo ha dejado de estar ligado al poder y a la violencia, debe ser la mirada implacable que observa al príncipe, que revela su mentira. Yo, filósofo, debo ser el que designa lo que el príncipe tiene en sus manos: la destrucción universal. Nuestra función consiste en mostrar la desnudez absoluta de los reyes. La realidad huye de ellos, y viene hacia nosotros.

-¿Considera pues que vamos hacia un futuro despolitizado?

-Las nuevas generaciones han dejado de creer en los dogmas dominantes, y nos dirigimos hacia una constante desafección de lo político en provecho de lo cultural. Nos vamos convenciendo de que lo político, tal y como funciona hoy, ya no logra resolver ningún problema. Se ha dejado de creer en la eficacia radical de la instancia política. De repente la política se nos asemeja a una fruta demasiado madura que cae del árbol. Se acabó. El intelectual, desde hoy, debe replegarse. No debe alistarse detrás del estandarte de ningún partido ni de ninguna ideología. Tiene que comprender que su campo, el campo de la reflexión, de la lengua, de la cultura, es el lugar en que se producirán las cosas más importantes de nuestro futuro próximo. Hoy por hoy, el hombre de cultura está más cerca de la realidad que el político. ■ R.C.-I.R.

repite la política se nos asemeja a una fruta demasiado madura que cae del árbol. Se acabó. El intelectual, desde hoy, debe replegarse. No debe alistarse detrás del estandarte de ningún partido ni de ninguna ideología. Tiene que comprender que su campo, el campo de la reflexión, de la lengua, de la cultura, es el lugar en que se producirán las cosas más importantes de nuestro futuro próximo. Hoy por hoy, el hombre de cultura está más cerca de la realidad que el político. ■ R.C.-I.R.